

Adolfo J. DOMÍNGUEZ MONEDERO, *La polis y la expansión colonial griega (Siglos VIII-VI)*, Madrid, Editorial Síntesis, 1991, 287 págs., ilustr., [ISBN 84-7738-108-9].

A nadie se le escapa que los siglos arcaicos constituyen un período de enorme importancia en la historia antigua de Grecia. Puede decirse que actuaron como el auténtico crisol de la civilización griega, cuando se fundieron todos aquellos elementos que inmediatamente después iban a cuajar en los logros más perfectos del clasicismo helénico. De ahí el creciente interés que la edad arcaica va suscitando entre los helenistas, tradicionalmente más volcados hacia la época clásica. Y éste es también el primer e indiscutible mérito del presente libro del prof. A. Domínguez Monedero, puesto que se trata, hasta donde yo conozco, de la primera obra de conjunto sobre la edad arcaica griega redactada por un autor español, mérito que en sí mismo no sería tan relevante si no fuera por otro factor asimismo destacable, esto es los planteamientos documentales y metodológicos que sostienen la obra, que en nada desmerecen frente a otras de similar contenido respaldadas por una sólida tradición historiográfica. Pero en honor a la verdad, también radica aquí el primer defecto del libro, pues si en realidad se trata de una historia de la Grecia arcaica, ¿por qué un título tan extraño, que sólo refleja parcialmente los temas que contiene y que puede conducir a equívocos?

Tras unas breves páginas de introducción, el primer capítulo se centra en la situación en Grecia durante el siglo VIII, de forma que invocando los poemas de Homero y de Hesíodo, así como la documentación arqueológica, el autor nos presenta una visión muy sugestiva de esta importante etapa, marcada por un profundo renacimiento cultural y económico gracias al cual el mundo griego pudo por fin salir de los siglos oscuros. El segundo capítulo toma como protagonista a la *pólis*, mostrándonos los factores que condicionaron su formación, sus características más esenciales, los puntos principales sobre los que se articula su estructura, etc. A continuación el autor se detiene en una exposición sobre la colonización griega, donde descubre los mecanismos que impulsaron este fenómeno y los ámbitos geográficos por los que se desarrolló, temas donde la originalidad de A. Domínguez se deja ver con una mayor soltura al constituir uno de los campos predilectos de su actividad científica. El siguiente capítulo ofrece un panorama general del siglo VII, época de grandes cambios y de una profunda crisis: el reflejo de las ideologías a través de la lírica arcaica, las innovaciones en el mundo de la guerra y su reflejo en la sociedad, el desarrollo económico, la acción de legisladores y tiranos como respuesta a la *stasis*, son aspectos minuciosamente tratados por el autor en su intento logrado por presentar una visión coherente de tan complicado proceso. En los apartados sucesivos, centrados en el siglo VI, A. Domínguez Monedero abandona la visión conjunta que ha mantenido hasta entonces y se inclina por una parcelación regional, y así en capítulos independientes se ocupa respectivamente de Atenas, Grecia continental, el Egeo oriental y los ámbitos coloniales; de esta manera, además de proporcionar una historia lineal de las principales ciudades y regionales del mundo griego, da cuenta también de las diferentes formas que la *pólis* puede asumir en su evolución, como indica el autor en el prólogo. Por último, tras un epílogo, la obra finaliza con un apéndice de textos seleccionados —reflejo de la vocación parcialmente escolástica del libro— y una magnífica bibliografía (aunque con alguna inexplicable ausencia, por ejemplo W. G. Forrest, *The Emergence of Greek Democracy*, London, 1966).

Esta «Grecia arcaica» presenta numerosos aspectos positivos que la hacen re-

comendable en todos los sentidos. De manera suave pero firme, el autor nos va introduciendo en los secretos del arcaísmo griego, nos descubre sus fundamentos culturales y nos explica su compleja evolución económica, social y política. Perfecto conocedor de la documentación y de las tendencias más recientes de la investigación, A. Domínguez Monedero no se detiene ante la dificultad de los problemas históricos que continuamente se plantean y con pulso firme sabe salir airoso: sirva como ejemplo la siempre difícil cuestión del origen y formación de la *pólis* o las relaciones entre esta última y el fenómeno de la colonización; por otra parte, magnífica me parece la reconstrucción histórica del Occidente colonial.

Ahora bien, una obra de estas características necesariamente ha de suscitar opiniones encontradas. No osaré sin embargo entrar en cuestiones menores, de detalle, donde sin duda la mayor autoridad de A. Domínguez acabará con toda justicia imponiendo su razón. A pesar de ello, no quisiera terminar estas líneas sin exponer algunas observaciones sobre el planteamiento general del libro. Resulta evidente que la historia de la antigua Grecia, y más en especial en su época arcaica, se caracteriza entre otras cosas por la pluralidad, en el sentido de que en el fondo se trata de una historia de las ciudades griegas, en ocasiones con una trayectoria sensiblemente divergente unas de otras. Pero al mismo tiempo la historia de Grecia es también unitaria, pues evidentemente los griegos eran conscientes de su propia identidad, participaban de la misma cultura y respondían a similares estímulos. Por tanto es objetivo de todo historiador intentar en lo posible mantener un equilibrio entre estas dos tendencias contrarias, esto es respetar la regionalización que impone la propia historia y simultáneamente conservar una visión de conjunto. Aquí es donde en mi opinión surgen algunos aspectos negativos de este libro, pues tal equilibrio no siempre se logra.

Como hemos visto, el autor se inclina por un planteamiento diacrónico estructurado en grandes periodos de tiempo, que culmina con la regionalización escogida para estudiar el siglo VI. Esta opción conlleva algunos inconvenientes, especialmente para aquellos lectores —que quizá sean los más— que no están familiarizados con esta época. Así la historia de Atenas aparece «decapitada» por el año 600, pues frente a la continuidad del relato a partir de Solón, el lector se ve obligado a espigar en los capítulos anteriores la historia más antigua de la ciudad (la legislación de Dracon, el episodio de Cilón —a quien por cierto se le presenta según la versión tradicional como aspirante a la tiranía, no considerándose la otra posibilidad, según la interpretación de F. Ghinatti, que reflejaría los conflictos entre diferentes facciones aristocráticas—, etc.). De igual manera ocurre con la historia de Corinto y de Argos, mientras que la de Mitilene, muy sugestiva a través de los fragmentos de Alceo y de Safo y de las noticias en torno a Pitaco, se encuentra excruciantemente difuminada.

Pero esta drástica separación cronológica también afecta seriamente a aspectos relativos a esa visión de conjunto, como se demuestra en los dos ejemplos siguientes: el comercio y la religión. Respecto al primer punto, el autor desarrolla perfectamente el papel fundamental que presenta el comercio en el arcaísmo griego y las diferentes interpretaciones de los modernos al respecto (muy discutible por otra parte la vertiente mercantil de la primitiva moneda griega); pero una de las manifestaciones más destacadas del mundo comercial griego, donde mejor se refleja la estructura del *emporion*, esto es el comercio jonio, apenas si está representado: A. Domínguez se refiere a él muy brevemente cuando habla de Naucratis —erróneamente situada por el autor en ámbito colonial—, pero su desarrollo

principal se sitúa en el siglo VI y afectó a otras áreas del Mediterráneo. En cuanto al segundo ejemplo, la vida religiosa griega en la edad arcaica giraba fundamentalmente en torno a Apolo, al cual Domínguez Monedero se refiere tan sólo en cuanto a la participación del santuario de Delfos en la colonización. Pero Apolo significa mucho más, ya que es el auténtico centro de la religiosidad nacional y por tanto creador de ideologías y garante del orden aristocrático constituido. Por la misma razón, adquieren también señalada importancia otros cultos opuestos al de Apolo, aquellos que ofrecían una salida a la excesivamente rígida religión ciudadana y que encontraron en Dionysos a su principal portavoz, utilizado como bandera política por más de un tirano. Esta oposición entre lo apolíneo y lo dionisiaco significa una de las relaciones más fecundas de todo el arcaísmo griego y se encuentra, como ya acertó a definir F. Nietzsche, en la misma base de la civilización helénica.

A pesar de estas pequeñas observaciones, y teniendo en cuenta que parece obligación del recensor señalar más los aspectos negativos, nadie que lea el libro puede negar que en líneas generales tiene entre las manos una buena historia de Grecia arcaica. Se podrá o no estar de acuerdo con el planteamiento elegido, algo siempre discutible, o con determinadas posturas a propósito de hechos concretos, que por referirse a una época primitiva estarán sujetos a controversia. Pero lo que resulta innegable es que nos encontramos ante una obra bien razonada, magníficamente documentada y que recoge tendencias muy recientes en la investigación: por tanto, bienvenida sea.

Jorge MARTÍNEZ-PINNA  
(Universidad Complutense)

Victor D. HANSON (Ed.). *Hoplites: The Classical Greek Battle Experience*, (London-New York), Routledge, 1991. 286 pp.

El libro que encontramos tras la siempre atractiva portada de la editorial Routledge («Leónidas en las Termópilas» cuadro de David) está formado por un conjunto de ensayos que tienen como base el estudio de los hoplitas en época arcaica y clásica, precisamente cuando el combate hoplítico tuvo su máximo auge.

El director y editor de la obra es Victor D. Hanson, profesor de Clásicas en la Universidad de Fresno (California), autor de diversos libros y artículos sobre el arte militar griego, quien cuenta en esta ocasión con otros ocho destacados especialistas en esta misma materia. Cada uno en su respectivo ensayo realiza un estudio de aspectos diferentes del mundo hoplítico, pero siempre desde el punto de vista de los propios soldados que luchaban en su consideración de ciudadanos de una polis. El hoplita por naturaleza es un soldado de infantería, formado en falanges, y tácticamente lento, por lo que la atención se va a centrar casi exclusivamente en las fuerzas de infantería, haciendo sólo mención esporádica a otros cuerpos militares como «Híppies», «peltastas», mercenarios, etc., que si bien combatieron al lado de los hoplitas, no son tales.

Como el propio editor indica en el prefacio se diferencia de la también colección de ensayos dirigidas por J. P. Vernant: *Problèmes de la guerre en Grèce Ancienne*, Paris 1968, en que ahora el protagonista es el hombre, el hoplita que verda-